

PROPAGANDA

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA



LA AGONIA EN UN SUBMARINO

POR

Lilian Hall-Davis, Charles Vanel,  
etc.

N.º 90

30 cts.

# *La Novela Femenina Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 90

## *La agonía en un submarino*

Grandioso drama cinematográfico,  
interpretado por los reputados artistas:

LILIAN H. DAVIS, CHARLES VANEL,  
SUZY VERNON, y otros.

### SELECCIONES

M. LAUZIN Y R. MINGUELLA  
PARIS

Exclusiva de

PRINCIPE FILMS, Sdad. Ltda.  
SAN SEBASTIÁN

Para Cataluña, Aragón y Baleares

J. CAVALLÉ *J. Piñol*

Aragón, 225.-BARCELONA

*Calle Valencia n.º 228*

## La agonía en un submarino

### Argumento de la película

A bordo del trasatlántico "Duque de Aumale" viajaban el capitán de fragata Arbères, que se dirigía a Bizerta con objeto de tomar posesión del mando de la división naval surta en aquel puerto; su hija Clara, preciosa niña mimada con aspiraciones a convertirse, por obra del amor, en adorable ama de casa; y el oficial Hervé Kergöet, prometido de Clara y destinado al submarino "Atlante", de la división marítima al mando del capitán Arbères.

También entre el pasaje del "Duque de Aumale" figuraba un misterioso personaje apellidado Gondowski, que desde el comienzo de la travesía se había hecho notar por su indiscreto afán de escudriñar en las vidas ajenas.

Aprovechando un momento de soledad del capitán Arbères, el enigmático individuo se le acercó y le dijo:

—Es simpático el oficial Kergöet. Le conozco hace algún tiempo y hasta estoy enterado de

ciertos pecadillos de su vida. Es la ventaja que tiene el que viaja... Se entera de muchas cosas, y así su charla, al referir lo que sabe, resulta amena...

—El oficial a que usted se refiere es un buen amigo mío.

—¡Oh! No crea que sepa respecto a él nada que sea grave. En tal caso no lo revelaría. Se trata de cosas propias de la juventud.

El capitán Arbères prestó atención al entrometido por el interés que, naturalmente, le inspiraba su futuro yerno.

—¿Qué sabe usted, vamos a ver? Las cosas de la juventud tienen para los que como nosotros van para viejos, cierta irresistible atracción.

—Sobre todo cuando hay faldas por medio.

—Desde luego...

—Pues oiga usted. Me alojaba yo en una conocida pensión de París, y un día me enteré por casualidad de que el señor Kergöet vivía en la misma casa, precisamente en el mismo piso correspondiente a mi cuarto. Varias veces había oído pasos en el pasillo de una habitación a otra, y para ver quiénes eran los vecinos que se trataban tan familiarmente, me asomé a la puerta de mi cuarto y tuve la evidencia de que el señor Kergöet mantenía estrechas relaciones con una bella dama que ocupaba una habitación cercana a la mía. Como eran jóvenes y simpáticos los dos, la cosa no tenía nada de particular... Pero lo intrigante era el misterio de que rodeaban sus relaciones... Y una noche supe que el

oficial había sido destinado al Extremo Oriente y que la misteriosa mujer abandonaba también aquel mismo día el hotel. Debieron sin duda marchar juntos para consolarse mutuamente en lejanas tierras.

—Es muy probable... Nosotros, en su lugar...

—La mujer valía la pena. Un viajecito en camarote de primera... resultaría de primera. ¡Oh, la juventud!

Satisficho, al parecer, de su nueva indiscreción, el misterioso Gondowski dió por terminado su diálogo con el capitán Arbères.

Al quedar solo, éste, que empleaba sus ocios en su ocupación favorita, el dibujo, meditó sobre lo que acababa de oír.

—¿Por qué vino a contarme ese estúpido esa aventura de Kergöet? ¿No ha podido adivinar el muy necio que mi hija es su prometida? ¡Bah! Ganas de hablar del prójimo. Un peligroso inconsciente.

Unas horas después, el "Duque de Aumale" dió vista a la blanca y pintoresca ciudad de Túnez.

Mientras desembarcaban los pasajeros cuyo fin de viaje era aquella escala, Kergöet recibió de manos de un tunecino el siguiente mensaje:

*Es preciso que nos veamos antes de su llegada a Bizerta. Quédese en Túnez y búsqueme hoy mismo en la tumba de Sidi-Ali, donde le espero.*

Sonia.

Como el oficial estaba con el capitán Arbères

y Clara, ocultó el escrito y despidióse de ellos.

—Lamento tener que separarme de ustedes aquí. Ya han visto que acabo de recibir una carta. Es de un buen amigo mío. Un asunto urgente, para resolver el cual me necesita, me obliga a quedarme hoy en Túnez. Me reuniré con ustedes en Bizerta.

Clara se resignó mal de su grado a privarse de la compañía, durante las últimas horas de la travesía, de su prometido; pero tratándose de un asunto tan urgente... ¿qué remedio sino conformarse?

Kergöet saltó a tierra y esperó el momento — la caída de la tarde — para acudir a la cita concertada por Sonia descontando que él no faltaría.

Pasaron unas horas, y habiéndose prolongado la permanencia del trasatlántico en Túnez más de lo esperado, el capitán Arbères y su hija decidieron desembarcar con objeto de hacer en la ciudad algunas compras.

Unos niños curtidos por el sol africano jugaban en animada plaza llena de mercaderes. Uno de los muchachos llamó la atención del capitán Arbères como dibujante, y, éste, cuartillas y lápiz en ristre fué al encuentro del modelo de picaruelo que había visto en él.

En aquellos precisos instantes Kergöet, que acababa de encontrar a Sonia en el sitio convenido, pasaba por la misma calle en que se hallaban su prometida y el padre de ella.

Clara, que se disponía a seguir al Capitán, vió, al volverse para mirar no sabía qué, es de-

cir, impulsada por la casualidad, a su prometido acompañando a aquella mujer desconocida, y tan inesperado descubrimiento hirió cruelmente su corazón ilusionado.

—El amigo aludido por Kergöet resultaba ser... una amiga? Le había mentido su novio al prometerle que ella era su único amor?

Sus ojos, llenos de lágrimas y desmesuradamente abiertos, espiaron a la pareja, y todo le parecía significar que Kergöet y Sonia se querían.

—¿Es posible que me haya engañado? ¿Qué clase de relaciones tiene con esa mujer?

Los celos la devoraban. Sonia era joven y hermosa, muy hermosa. ¿Sería, tal vez, su hermana? No, no. Kergöet no tenía ninguna. ¿Quién era ella, entonces?

Siguiendo a su prometido y a la que no le quedaba duda era su rival, Clara se fué apartando de su padre, y éste, terminado su apunte, hubo de buscarla un buen rato.

—Al fin soy contigo, hija mía. Es preciso darse prisa para regresar a bordo.

—¡Soy muy desgraciada, papá! ¡Mucho! — exclamó Clara, prendiéndose de su brazo con intenso dolor en su pecho.

—No sé por qué, Clara. Vamos, vamos, alegra ese rostro. Mañana volverás a reunirte con tu novio... y ya verás como no te sientes tan desgraciada como hoy.

.....  
Pocos días después de su instalación en Bierta, el capitán Arbères dió una recepción en

su casa, y a ella acudieron las personalidades y familias de mayor relieve en la plaza.

Clara y Kergöet, aislando de los demás invitados, hablaron cariñosamente. Pero ella no había olvidado lo que viera en Túnez, y no pudo menos de dirigir a su novio una pregunta para tratar de descubrir en su mirada la verdad.

—Aun no me referiste si te fué grata la permanencia en Túnez.

El oficial no se sobresaltó lo más mínimo.

—Ingrata — repuso —, por haber tenido que separarme de ti, Clara.

—¿De veras?

—Palabra de caballero. ¿Puede haber en el mundo otra mujer que haga latir mi corazón como tú, mi Clara?

Más tranquila después de haber escuchado las halagadoras palabras de su novio, la celosa regresó, con él, al salón donde iban llegando los invitados; y de súbito vió entre las más bellas mujeres a la que viera en Túnez con Kergöet, o sea, a Sonia.

Kergöet saludó al oficial que estaba al lado de Sonia y que iba a ser presentado a Clara.

—El teniente de navío Pedro Cartier, comandante del submarino "Atlante".

A su vez Cartier presentó a Kergöet a Sonia, ignorando que ya se conocían y disimulando no conocerse los interesados.

—Tengo el gusto de presentarte, Sonia, a mí segundo, el oficial Hervé Kergöet. Señores, mi mujer, la mejor y más cariñosa de las esposas.

Kergöet y Sonia se estrecharon la mano como dos desconocidos, y Clara, extraordinariamente desconcertada, no perdía detalle de ellos, sintiendo la comezón del deseo de saber...

El capitán Arbères, aficionado *enragé* al dibujo, aprovechaba todas las ocasiones y todos los motivos. Jamás había encontrado, como aquella noche, un modelo tan completo como la esposa de uno de los oficiales de marina allí reunidos.

Cuando le fué presentada Sonia por Cartier, el Capitán artista dejó caer distraídamente el dibujo, y el azar lo puso en manos del marido de la caricatura, quien reconoció en el acto a su costilla... por lo voluminosa y por los cuatro pelos en guerrilla en la punta de la nariz.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué atrevimiento!

En aquellos momentos el capitán Arbères estaba cerca del ofendido esposo, hablando con varios jóvenes, y éste, afanoso de encontrar al culpable, se le dirigió y le dijo sin rodeos:

—¿Se puede saber quién es el autor de este retrato de mi dulce Delgadina?

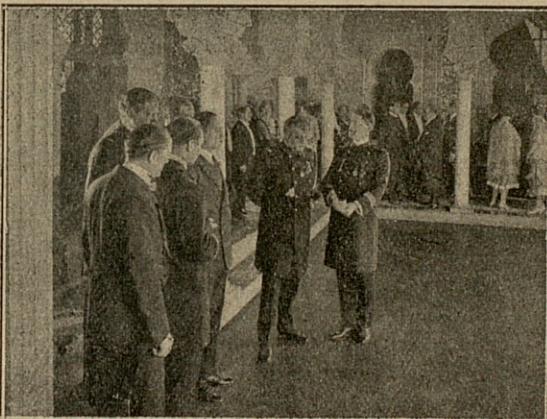
El Capitán no se arredraba ante ningún peligro, pero un marido enojado es más que una fiera; y para evitarse la molestia de dar toda clase de satisfacciones que a lo mejor no satisfarían bastante al indignado oficial, optó por contestar que no imaginaba quién podía ser el mal dibujante que se entretenía en hacer la caricatura de las esposas de los compañeros.

—Bien, bien... No tardaré en saberlo... Bus-

caré al atrevido y le enseñaré lo que pesa una señora como la mía.

Mientras la fiesta alcanzaba su máximo esplendor, Clara conseguía aislarla con Sonia.

—Hace mucho tiempo que conoce usted a



—¿Se puede saber quién es el autor de este ridículo retrato de mi dulce esposa Delgadina?

Hervé Kergöet? — preguntó a la prometida del oficial la que le acompañaba a éste en Túnez.

—Mucho, señora. Somos amigos de la infancia.

—¡Ah! Amiguitos de la infancia...

—Y, sus relaciones con él, ¿datan de mucho tiempo?

—De esta noche solamente. Ya ha visto usted

que mi marido acaba de presentármelo.

—Es verdad... es verdad...

Aquí terminó la plática acerca de Kergöet, y Clara, cuyas sospechas de traición de Sonia a su marido y de Kergöet a su palabra empeñada eran cada vez mayores, moríase de dolor y de celos, no pudiendo sustraerse a reconocer que su rival era hermosa como flor de jardín de ensueño.

\*\*

Algunos días después, en la residencia del matrimonio Cartier, donde todo respiraba felicidad, Sonia decía a su marido:

—¿Vas a salir, Pedro?

—Voy al círculo. Pero no tardaré ni media hora en estar de nuevo a tu lado.

Besáronse con cariño.

Partió Cartier, y a poco recibía Sonia una nota inesperada, que decía:

*Pronto nos veremos, Sonia. Los de mi raza no olvidan ni perdonan.*

Saratoff.

¡Oh! ¿Saratoff, el odioso Saratoff estaba en Bizerta? ¿Cómo llegó a enterarse de que ella estaba allí?

No había momento que perder. Sonia necesitaba ayuda de alguien, y pensó en acudir a Kergöet. Pero debería ir a su casa. ¿No temía

que la sorprendiesen? No tenía tiempo para reflexionar.

Echóse un chal al cuello y salió hacia la morada de Kergöet, sin detenerse a mirar si en alguno de los lados del camino o en el quicio de alguna casa había alguien que la reconociera.

¡Saratoff en Bizerta! ¿Podía temer mayor disgusto?

Kergöet, al ver a Sonia llegando tan resueltamente a su casa, comprendió que algo grave le ocurría.

—¿Qué sucede?

—Lea usted. ¡Saratoff está aquí! ¡Aconséjeme! ¡Protejame!

Kergöet se reconcentró y dijo a poco a Sonia, con ternura:

—No tema. Si ese hombre se atreve a causarle el menor daño, tendrá que enfrentarse conmigo. Pase lo que pase, Sonia, yo estaré a su lado.

—Lo sabía, Hervé. Gracias.

Simultáneamente a la entrevista de su mujer con su segundo, Cartier preguntaba por éste en el círculo. Acababa de enterarse de una orden superior y debía comunicársela.

—¿No ha venido?

—Ni vendrá. Si desea usted verle, vaya a su casa. Esta tarde nos dijo que se proponía no salir esta noche.

—Pues voy a verle.

Sonia y Kergöet seguían hablando, pronta ella a marcharse, para regresar a su hogar antes de que lo hiciera su marido.

Llamaron a la puerta.

—¿Esperaba usted a alguien? — preguntó, alarmada, Sonia.

—No... Tal vez sea algún compañero...

—¿Dónde puedo esconderme?

—Pase usted ahí. Recoja sus efectos.

Sonia ocultóse atropelladamente, pues su presencia en aquella casa era harto difícil de justificar, y cuando Kergöet abrió la puerta de la calle, sorprendióse sobremanera al ver ante sí a Cartier.

¿Qué significaba la visita del esposo de Sonia a aquella hora, además de no haberle visitado ningún día desde que había llegado a Bizerta?

Instintivamente Kergöet miró hacia donde se había escondido Sonia, y no perdió su sangre fría.

—¿A qué debo el honor de su visita, mi querido jefe?

—Vengo a verle con carácter oficial. He empleado este medio, por ser el más rápido, para comunicarle que debemos estar listos para zarpar mañana a primera hora.

—Siento que haya tenido usted que molestarse.

—El camino me sirvió de paseo. Todo tiene compensación...

La presencia de Sonia en la casa se acusaba con el penetrante perfume que había esparcido por aquella habitación. Cartier aspiró con deleite la olorosa atmósfera, y pareciéndole recordar el perfume, dijo a Kergöet:

—Como nido de soltero, esto es ideal. Para mayor propiedad, no faltan los perfumes orientales. No me extrañaría que estuviese usted esperando a alguna dama.

—No, mi Comandante.

—Entonces... debe estar ya aquí.

—Tampoco... Tengo por norma invariable no recibir mujeres en mi casa... ¿Quiere usted un cigarrillo?

—No, gracias... Y hasta mañana.

Kergöet encendió rápidamente el cigarrillo para que el aroma que despediría fumándoselo se confundiese con el que emanaba de Sonia, a fin de que Cartier no partiese llevándose ráfagas del verdadero.

Apenas el teniente de navío estuvo fuera de la casa del soltero, Sonia salió de su escondite y se dispuso a regresar a su casa.

—Váyase tranquila. Saratoff no puede exigirle a usted nada. Si le ocurre a usted algo, escríbame en seguida — le había dicho Kergöet.

Sonia no había sorprendido la conversación de los dos marinos acerca de su perfume y regresaba a su casa sin recelo alguno. Presumió que encontraría en ella a su esposo, pero era fácil disculparse de no estar allí cuando él llegó.

En efecto, Cartier estaba de vuelta antes que Sonia. La buscó por todas las habitaciones. Al no encontrarla pensó que sus sospechas podían ser ciertas.

Porque había sospechado que Sonia estuvo en casa de Kergöet. El penetrante perfume le pare-

ciera suyo. Allí dudó... pero ahora, ante la ausencia de ella, las dudas crecían y se multiplicaban.

De pronto apareció Sonia ante él.

—Te buscaba... No sabía que quisieras salir...

—Me aburría aquí sola y he salido un momento a respirar el aire de la noche. Pero si hubiese imaginado que ibas a volver tan temprano, te habría esperado en casa. ¿Quieres que lea un poco?

La tranquilidad confiada de su mujer no acababa de disipar las dudas que agitaban el corazón de Cartier.

Sonia, sin noción de que favorecía las sospechas de su esposo, perfumóse ligeramente, como todas las noches, por el deseo de enamorar más, si cabía, con sus coqueterías, al compañero.

Cartier, al aspirar a pleno pulmón el perfume, palideció. Efectivamente, como él sospechara, el perfume favorito de su mujer era el mismo que aquel de cuya fragancia se hallaba saturado el alojamiento de Kergöet.

—¿Será cierto, Dios mío? —rumoreó mirando a Sonia, tan bella, tan buena para él.

Dispuesto a aliviar su pecho de irresistibles acusaciones, trató de deducir la infamia, si era cierto que existía, de la actitud que adoptaría Sonia al nombrarle a Kergöet.

—¿Sabes lo que me han dicho en el círculo, Sonia?

—Tantas cosas pueden haberte dicho...

—Parece ser que Kergöet, mi segundo...

—¿Qué...?

Insistentes llamadas telefónicas interrumpieron a Cartier.

—¿Quién? ¡Ah! Sí, soy yo. A la orden.

El que telefoneaba era el capitán Arbères.

—No zarparemos mañana. Pase por mi despacho a las nueve de la mañana.

—Perfectamente. Buenas noches.

Cartier colgó el aparato y dijo a su esposa:

—Había recibido orden de zarpar y se ha aplazado.

—Lo celebro.

—Pero zarparemos de un momento a otro.

—Entre tanto, sigues a mi lado. Es lo mismo y no lo es. Y ¿qué ibas a decirme de tu oficial Kergöet?

—Se me olvidaba... Nada de particular... Se casa con Clara Arbères.

—¡Qué cosa! Perdona, maridito, pero la noticia resulta bastanteañeja. No hay en Bizerta quien no la conozca.

Cartier, al oír expresarse con tanta naturalidad a Sonia, rechazaba sus dudas, y considerándose juguete de celos de ferviente enamorado, envolvió a su adorada mujer en una mirada de pasión, en la que se reflejaba con más ansias que nunca una absoluta confianza.

—No era acaso posible que los gustos de Kergöet y Sonia, en materia de perfumes, hubiesen casualmente coincidido?

\*\*

Pocas noches después se celebraba una fiesta en honor de los marinos de la escuadra en uno de los palacios más típicos de la ciudad.

Alejado de la fiesta y protegido por la oscuridad de la noche, el misterioso Gondowski, el pasajero que en el trasatlántico "Duque de Aumale" hablara al capitán Arbères de la aventura de Kergöet en París, conferenciaba en los jardines del palacio con un inquietante personaje.

—Si usted solventa esta noche sus asuntos particulares, mañana mismo podremos soltar las amarras de nuestro barco.

Su interlocutor contestó:

—Pase lo que pase zarparemos mañana.

Cartier y Sonia no podían faltar a la fiesta, y sorprendiendo a ella buscando a alguien entre los invitados, resurgió en el marinero el recuerdo de sus sospechas.

—¿Buscas a alguna persona determinada entre los invitados?

—Sí Hervé me ha prometido que nos encontraremos aquí. Mírale.

Y Cartier hundióse de nuevo en desgarradoras reflexiones.

A Sonia le interesaba ver a Kergöet para hablar de Saratoff. Su amenaza la obsesionaba.

Por su parte, Clara, cada vez que Sonia bailaba o se apartaba del salón con su prometido,

se sentía con menos fuerzas para soportar aquella situación; pero, a pesar de todo, temía la ruptura y no la provocaba.

Para amenizar la fiesta, una adivina indígena, entre otras atracciones para todos los gustos, se encargaba de descifrar el porvenir de los invitados a la suntuosa fiesta.

Clara, supersticiosa como buena enamorada, la visitó en su pabellón.

—¿Qué lee usted en las cartas o en las rayas de mi mano?

—Espera... Un amor intenso se ha cobijado en tu corazón y huye de él y corre por tus venas mezclado con tu propia sangre. Pero una mujer ha ensombrecido el día claro de tu dicha. La muerte ronda en torno de tu propio corazón porque amenaza a esa sangre de amor, de que es manantial inagotable.

Sonia y Kergöet hablaban a solas, y Gondowski, que los estuvo espiando, fué, como a bordo del "Duque Aumale", al encuentro del capitán Arbères, a quien había saludado hacia un momento, y volvió a hablarle del oficial.

—El señor Kergöet parece que vuelve a sus antiguas amistades. Esa señora con quien ahora habla es la misma en cuya compañía le conocí en París.

Arbères miró atónito a Sonia y a duras penas pudo disimular la sorpresa ante el que con incomparable frialdad acababa de hacerle la revelación más terrible e inesperada que pudiera imaginarse.

No había terminado allí la misión de Gondowski, pues también se encargó de dirigir a Clara hacia el pabellón donde Sonia y Kergöet se habían ocultado.

Ante la prueba irrefutable de la traición de su novio, Clara decidió dar por terminadas sus relaciones con él, si no explicaba claramente su conducta. Su dignidad le dictaba que obrase enérgicamente... aunque le fuese muy duro el olvido.

Kergöet, al separarse de Sonia, encontró a Clara y su rostro se iluminó de alegría.

—¿Quieres que bailemos? — le dijo.

—¿Cómo se atreve usted a hablarme? Tenga usted al menos el valor de sus acciones. Déjeme, puesto que su cariño pertenece a otra mujer — respondió en un esfuerzo supremo.

Kergöet no encontró palabras para defenderse, y a continuación, el capitán Arbères, tomándole por su cuenta, le habló en tono amargo.

—Mañana, terminada la primera fase de las maniobras navales, le espero en mi despacho. Es preciso que hablemos detenidamente.

—Estoy siempre a sus órdenes, señor.

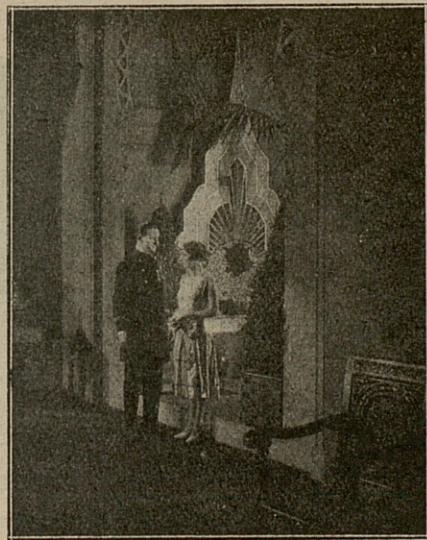
Sonia, ajena al dolor que causaba a Clara y al Capitán, salía al jardín en busca del aire embalsamado de la noche; y de improviso, surgiendo de las sombras, el extraño personaje que hablara un poco antes con Gondowski apareció ante ella, y apartándose la chilaba que lo cubría, le reveló quien era.

—¡Por fin, Sonia, volvemos a hallarnos!

Ella dió un grito espantoso.

—¡Saratoff!

Y cayó al suelo aparatosamente.



—¿Cómo se atreve usted a hablarme? Tenga usted al menos el valor de sus acciones.

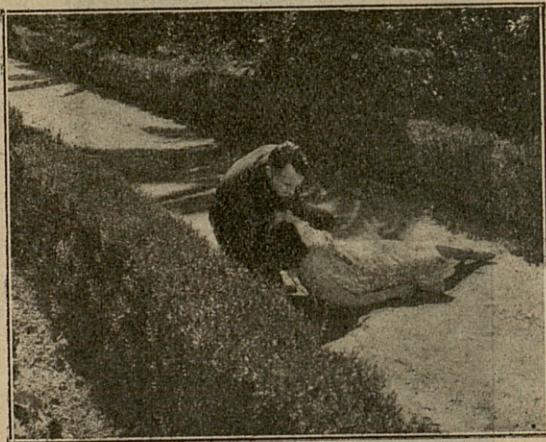
Se oyeron pasos. Temeroso de ser descubierto, Saratoff huyó.

Un poco después Cartier, inquieto por la prolongada ausencia de su mujer, salió al jardín y encontróla desfallecida en mitad del paseo.

—¡Sonia!... ¡Sonia!... — exclamó con gran inquietud. — ¿Qué significa esto?

Al volver en sí, Sonia no pudo hablar. Tomóla Cartier en sus brazos y la condujo amorosamente a casa. La piedad hacía frente a las sospencias.

.....



—¡Sonia!... ¡Sonia!... ¿Qué significa esto?

Su encuentro con Saratoff quebrantó la salud de Sonia, y fué su mismo esposo quien le prestó los más solícitos cuidados, olvidando en aquellos momentos sus celosas incertidumbres.

Pero las maniobras separaron a Cartier de la cabecera de su esposa. Unas horas después toda la escuadra estaría en movimiento.

Apenas su esposo salió hacia el muelle, Sonia

levantóse del lecho, vistióse y, redactándola rápidamente, fué a llevar una carta al primer muchacho que encontrase en la calle, para ser entregada a Kergöet.

Cartier había ido, antes de dirigirse al muelle, a casa del capitán Arbères, para recibir instrucciones. Una de éstas fué la de vigilar la costa, pues se sospechaba que un barco que navegaba a cien millas mar adentro se dedicaba al contrabando de armas.

La fatalidad quiso que ocurriera algo imprevisto; que Cartier viese a Sonia entregando a un muchacho una carta, y que comprobara, siguiendo al muchacho sin que Sonia le hubiese visto, que esa carta iba destinada a Kergöet.

Cartier calló. Las maniobras reclamaban toda su atención... y primero era el deber.

Los ejercicios de la escuadra dieron un brillante resultado. Prueba de ello fué el estado en que quedó uno de los viejos buques elegidos como blancos.

Al terminarse las maniobras y ordenar desde la Comandancia el capitán Arbères el regreso a la base naval, recibióse una orden urgente del Gobierno, en vista de la cual se cursó la siguiente:

*Comandante de Marina a Comandante submarino "Atlante".*

*Barco sospechoso visto cien millas costa, ruta Oeste. Alcántelo e inspecciónelo con detenimiento.*

La orden fué ejecutada sin demora, y a poco el submarino flotaba a pocos metros del barco en cuestión. Se hicieron las señales reglamentarias para que se detuviera, y Cartier, personalmente, lo visitó.

Los jefes de la tripulación eran Gondowski y Saratoff.

Descubierto el contrabando de armas, dijoles Cartier:

—Hagan rumbo a Bizerta. Nosotros les escortaremos.

Pero una vez los contrabandistas se vieron libres, gritó Saratoff al tiempo que Cartier regresaba al submarino:

—¡Llegó la hora de mi venganza! ¡El destino me la brinda completa! ¡Cartier y Kergöet morirán a un tiempo!

Quitó rabiosamente una tela impermeable que parecía cubrir carga, y surgió amenazadora la boca de un cañón.

—¡Fuego sobre el "Atlante"!

Sonó un disparo. La alarma cundió por el submarino.

—¡Cada cual a su puesto de combate! ¡Esos canallas nos atacan!

El torpedo lanzado por el submarino causó terribles efectos. El barco mercante voló hecho astillas. Saratoff creyera que sus cañonazos rápidos y bien dirigidos vencerían al monstruo de acero antes de que éste pudiera contestar a la agresión, y se debatía en el agua loco de deseo

de salvarse para llevar a cabo su afán de venganza.

El submarino había vencido, pero también había sido alcanzado por uno de los disparos del barco contrabandista, y se hundió rápidamente. Fué lanzada, como única esperanza, la boya de socorro. ¿La vería algún buque, para pedir auxilio, puesto que era imposible comunicarse por otro conducto?

Gondowski había perecido ya en el remolino que se produjo al hundirse el barco mercante, y Saratoff encontró la muerte al intentar cortar el cable de la boya de socorro del submarino.

Cartier, ante la crítica situación, reunió a sus hombres y les dió ánimo. Si no llegaba socorro a tiempo morirían de asfixia. No debían desesperar. Sin embargo, si morían, debían hacerlo como héroes, sin haber perdido hasta el último momento la fe en la salvación.

La tripulación admiraba a su Comandante y no se oyó la más ligera protesta. Mudos e inmóviles los hombres esperaban el fallo del destino.

Ahora Cartier tenía otro asunto que resolver. Un asunto particular. Kergöet le ayudaría a ello. Se trataba de convencerse de sus atroces sospechas.

Kergöet estaba en su camarote. A su encuentro fué Cartier sin vacilar.

—Estos momentos son gravísimos, Kergöet. Sé que mi mujer le escribió esta mañana y vengo a pedirle que me entregue esa carta.

—¡Imposible!

—Es preciso que yo sepa si su recuerdo ha de ser el bálsamo que endulce mi agonía o la hiel que la envenene.

—¡Imposible! Piense en ella como en la mu-



—Sé que mi mujer le escribió esta mañana y vengo a pedirle que me entregue esa carta.

jer más pura. Es lo único que necesita usted saber.

—No me bastan sus palabras. Necesito una prueba, y ninguna mejor que esa carta.

—Nunca, oigalo usted bien, Comandante, co-

nocerá usted el contenido de esa carta sin una autorización de Sonia. Y la muerte está cercaña y, ella, lejos....

\*\*

En la Comandancia de Marina se tuvo conocimiento de que el "Atlante" no respondía a ninguna llamada de la telegrafía sin hilos. Fué enviado un hidroavión para que hiciera un detenido reconocimiento, y a poco el pájaro immense regresó con la noticia de haber descubierto la boya de socorro del hundido submarino.

Clara estaba en el despacho de su padre hablándole de Kergöet.

—¿Has visto a Hervé después de las maniobras, papáito? ¿Te explicó satisfactoriamente su conocimiento con la señora de Cartier?

Al enterarse la ciega de amor del peligro que corrían los tripulantes del submarino, gritó a su padre, como si nada le importase más que Kergöet:

—¡Sálvalo, papá! ¡Sálvalo... aunque ya no me quiera!

—Todo se intentará, hija mía. Yo mismo dirigiré a los hombres.

Inquieta por la inexplicable tardanza de su marido, Sonia se decidió a telefonear a la Comandancia de Marina. Clara estaba sola en el despacho de su padre y comunicóle, sin saber que era ella, la terrible noticia del hundimiento del submarino.

Los trabajos de salvamento del submarino se emprendieron con toda actividad, bajo la dirección del capitán Arbères y utilizando un gigantesco dock. Pero ¿llegarían a tiempo? En la coraza de hierro los bravos marinos veían cada vez más cerca la muerte.

Sonia, presa de una angustia mortal, fué a la Comandancia de Marina, y al encontrarse con Clara intentó abrazarla para compartir su ansiedad.

Clara retrocedió al verla, como temerosa de su contacto.

—¿Por qué viene en mi busca? ¿No sabe que la odio? ¡Lo sé todo! Sé que me ha robado el amor de Hervé quitándome hasta el consuelo de bendecir y llorar mi felicidad en estos instantes! ¡Es usted una mala mujer! ¡Una mala esposa! ¿No sabe que la odio?

Sonia rompió a llorar ante aquellas ofensas.

—¡Se engaña, Clara! ¡Juro que se engaña!

Clara enmudeció. El acento de Sonia parecía sincero. ¿Qué misterio encerraba, pues, aquella mujer?

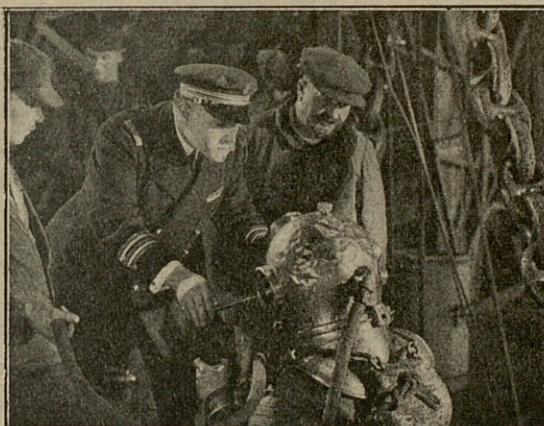
—Antes de calumniam, escuche la dolorosa historia de mi vida.

—Hable usted...

....Hace tres años, hallándose Kergoët en Polonia cumpliendo una misión que le fué confiada por el Gobierno, me vió acompañada de un hombre al apearme del tren que me condujo allí. Al suponer que éramos forasteros, que no teníamos familia en la ciudad, nos dijo muy amable-

mente: “—No encontrarán hotel en esta misera villa. Pero si quieren alojarse en la posada donde yo lo hago...”

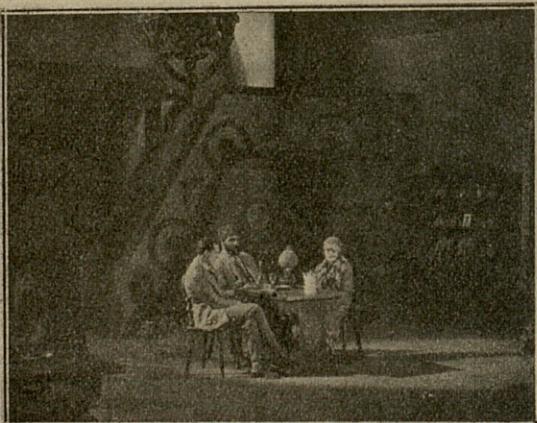
“Aceptamos. Un poco después nos sentábamos



Los trabajos de salvamento del submarino se emprendieron con toda actividad.

los tres a cenar, y el hombre que me acompañaba le habló así, al sorprenderme mirando fijamente a Kergoët: “—Mi sobrina y yo venimos huyendo de los horrores de la revolución rusa. Tenemos el propósito de instalarnos en París.” Kergoët miróme con curiosidad, y levantándose al terminar la comida, nos dijo: “—Me despido de ustedes. Mi misión aquí ha terminado y mañana salgo para Varsovia.”

"A la mañana siguiente, decidida a huir de mí acompañante, que no era mi tío, pude esconderme en el carro que había de conducir a Kergöet a la estación, y en camino le revelé mi



"Un poco después nos sentábamos los tres a cenar".

hazaña mostrándome discretamente; causándole la sorpresa que puede usted suponer.

"Al llegar a la estación ofreciéme su brazo y pronto estuvimos solos en un vagón. Le agradecí sus bondades y me dispuse a sincerarme. El me atajó: "—No necesito explicación de ninguna clase. Me ha pedido usted auxilio para salvarla de un peligro inminente, y yo se lo he prestado de todo corazón." "—Pero yo necesito que conozca mi vida para que justifique un proceder

que le parecerá sospechoso. Escuche, pues. Mi padre, coronel de los ejércitos del Zar, fué asesinado al estallar la revolución. Mis hermanos murieron en Siberia. Mi madre fué inicuamente fusilada... También yo estuve condenada a muerte. Ese hombre que me acompaña, llamado Saratoff y aliado a los revolucionarios, me prometió traicionarles y huir conmigo si yo accedía a ello. Ante el temor de una muerte cercana, acepté, con el propósito de abandonarle en la primera ocasión. Y ese momento ha llegado hoy."

"En París, Hervé fué para mí como un hermano. Pero un día tuvo que marchar al Extremo Oriente... Más tarde me casé con Cartier, a quien amo sobre todas las cosas. Pero Saratoff, enterado de todo, se presentó aquí dispuesto a tomar venganza destruyendo mi dicha..."

"Ya conoce los lazos que a Hervé Kergöet me unen. ¿Me negará ahora también su afecto, Clara?

—¡No, Sonia! La creo y le abro mi corazón.

Allá en el mar, después de numerosas tentativas en vano, los buzos pudieron, al fin, enlazar las cadenas a las argollas del submarino, y tras mil fatigas se logró arrancar del fondo del mar al submarino. La salvación llegó con el nuevo amanecer.

Sonia y Clara, en la terraza de la casa de Cartier, esperaron sufriendo de modo espantoso, sin lograr consolarse mutuamente. El espectro de la muerte las empavorecía.

De pronto una llamada telefónica sacó a las dos mujeres de su agonía.

—¡Noticias, Sonia! ¡Corramos!

Sonia se puso en el aparato.

¡Oh! ¡Salve! ¡El "Atlante" había sido puesto a flote! Pero... ¿Qué decían?... ¿Eh...? ¡Había víctimas!... ¿Quién?... ¡Un oficial!

No pudo Sonia arrancar el nombre del muerto. ¿Sería Cartier? ¡Oh, no! ¡Qué horrible!

La angustia fué más cruel todavía que antes.

Unas horas después llegaban a la casa el capitán Arbères y... ¿cuál de los dos, Kergoët o Cartier? Las dos mujeres miraron ávidamente hacia la puerta. Detrás del Capitán entró... Kergoët.

¿Y Cartier?

Bruscamente, el Capitán manifestó a Sonia:

—Cartier ha muerto!

Sonia dió un grito desgarrador y lloró convulsamente.

—¡Pedro! ¡Mi pobre Pedro! ¡Dios mío! ¡Dios mío! — gemía.

—No le llore usted falsamente. Su esposo murió de dolor — dijo el Capitán, dudando de su sinceridad.

—¿Usted también, señor Arbères? ¡Oh, denme la muerte si quieren, pero no me martiricen!

Kergoët intervino cuando Clara iba a hacerlo.

—Piedad para esa pobre mujer, Capitán!

Arbères dejó en paz a Sonia, y apareció un tercer oficial.

—¡Tú!! ¡Pedro! ¡Pedro mío!

Era Cartier. Sonia miraba pasmada a Arbères.

—Perdone, señora. Fué su marido quien me exigió esta farsa.

Cartier, abrazado a Sonia, le pedía perdón por sus dudas.

—Tu sincero dolor por mi supuesta muerte me devuelve la certidumbre de tu amor. ¡Benditos los dolores pasados porque ellos me restituyen la dicha!

Kergoët, dichoso con Clara, dijo a Sonia:

—Le devuelvo delante de su marido la carta que me negué a entregar a él cuando la muerte acechaba nuestras vidas.

En dicha carta enteraba Sonia a Kergoët de la aparición de Saratoff en la fiesta en honor de la escuadra, exponiéndole sus temores de que el miserable se vengase.

—Léela, Pedro — dijo Sonia a su marido —. Y Clara, que ya conoce el secreto de mi vida, podrá decirte si soy digna de tu amor.

—Para conocer tu inocencia me basta sentir mi corazón saltar de gozo dentro del pecho.

La felicidad de todos era completa... Pero faltaba un poco de buen humor, y muy oportunamente llegó a manos del capitán Arbères la siguiente nota del esposo de la obesa dama cuya caricatura hiciera aquél la noche de la fiesta organizada en su casa:

*Le felicito, Capitán, por el anunciado matrimonio de su hija con Hervé Kergoët y me permito recomendar a mi honorable compañero que im-*

ponga a su futura esposa un régimen de frugalidad que haga imposible una caricatura como la adjunta.

Anin.

¡Al fin había descubierto el "severísimo" oficial al autor del ridículo retrato de su dulce y mantecosa cara mitad, gracias a haber visto a Arbères, durante los trabajos de salvamento del submarino, llenando una cuartilla del mismo tamaño y papel que los de la caricatura!

En cuanto a la noticia de la boda de Clara con Kergöet, se enteró de ella porque, apenas salvado, Kergöet habló con Arbères y éste no dudó de su noble comportamiento con Sonia, y para demostrarlo anunció en el acto el enlace de los novios.

¡Qué consuelo!

**FIN**

**¡ACONTECIMIENTO!**

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

Ediciones especiales

Primer libro

**La Viuda Alegre**

96 páginas. 16 páginas de fotograbados.

Insuperable presentación.

**¡Lunes, día 18 del corriente!**

¡En todos los quioscos y librerías!

*Con esta novela, exija usted la postal-obsequio de  
MONTE BLUE*

## **IMPORTANTE:**

### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

## **IMPORTANTE:**

### **A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Español de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.  
Barbará, 16, Barcelona. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN